



Kerry y Killer o pollito chicken

Josué Altamirano*

A Cherokee y a su Killer:

Esta historia podría ocuparla totalmente en mí, pero prefiero dedicársela a mis pollos. Sé que no es común hablar de pollos, pero para mí eran lo máximo, eran mis mejores amigos, de hecho era mis únicos amigos.

Dado que no nací talentoso para casi nada, lo único que hacía después de la escuela era jugar largo y tendido toda la tarde en el patio trasero con ellos.

A veces hasta los sacaba de su jaula y los traía a dormir a mi cuarto; mi madre, definitivamente me tomaba por loco, pero me dejaba para no encargarse de mí, en el fondo creo que le caigo mal, como que no soy lo que ella esperaba; y ¡cómo no va a tener sentido que no me quiera!, si estoy más orejón que un perro salchicha y más patuleco que una jirafa, ni decir de ese par de dientes salidos que me hace ser una especie de niño ratón; lo que me hace, a ojos de todos, muy «chistoso». Realmente no es nada chistoso que se burlen de mí, también me gustaría hacer las cosas que ellos hacen, como jugar futbol o cosas así. Mi madre dice que fue un desperdicio de buen dinero haber comprado mis zapatos deportivos, pero a mí me reconfortan, me hacen sentir mejor, me hace sentir igual a todos, aunque en el fondo sé que no lo soy. Por eso es que mis pollos eran tan importantes.

El día que mi tío trajo de regalo a «Kerry» y a «Killer» todavía eran pollitos, estaban todos amarillos, exageradamente amarillitos; él dijo que uno

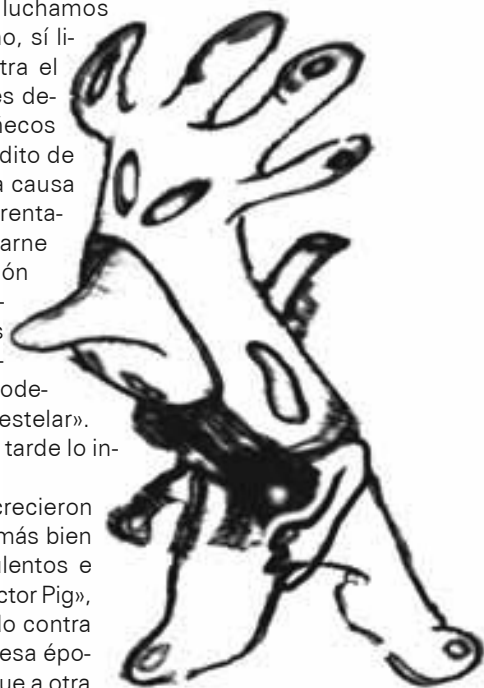
era para mí y otro para mi hermanita, yo no discutí, al fin, con el paso del tiempo ella les perdió interés y muy pronto los dos eran míos.

Desde pollitos habían demostrado ser muy broncados, mi tío decía que porque eran de pelea, y yo me la creí, por eso les puse nombres de luchadores. Aunque en realidad nunca luchamos cuerpo a cuerpo o mano a mano, sí librábamos férreas batallas contra el «Doctor Pig» y sus secuaces, es decir, contra mi colección de muñecos de plástico, dirigidos por un cerdito de trapo con un parche en el ojo, a causa de un canicazo durante los enfrentamientos. Éramos sólo tres de «carne y hueso» contra todo un batallón de todos colores, tamaños y materiales; pero aun así le dábamos épicas batallas al bando del «Doctor Pig», en sus intentos de apoderarse del «patio intergaláctico estelar». Aunque nunca lo lograron, cada tarde lo intentaban con más ferocidad.

Con el tiempo, Kerry y Killer crecieron y sus plumas amarillas eran ya más bien color café, se veían más corpulentos e inspiraban más miedo que el «Doctor Pig», lo que nos aventajaba demasiado contra nuestros enemigos, por eso en esa época nos dedicamos más a viajar que a otra

*Egresado de la ESIA Tecamachalco.

**Ilustraciones: Tona-tiuh Santiago Pablo.





cosa. Zarpábamos en nuestro bote de plástico desde la orilla del patio a cualquier parte de ultramar, a veces nos perdíamos y no sabíamos regresar, pero Killer, que resultó con buenas dotes de marino, siempre nos hacía regresar a salvo. Kerry era más bien de tierra, le gustaba

buscar tesoros, en cuanto tocábamos tierra se lanzaba dando picotazos hasta toparse con algo, siempre encontraba la mayoría de ellos. Como cuando encontramos el «arma». Todos se sorprendieron, hasta «Pig» y sus secuaces, todos se morían de envidia, estaba oculto debajo del limón, en una esquina del patio, Kerry lo halló dando de picotazos como de costumbre; en cuanto vimos su brillo supimos que era especial, tenía la forma

de una cuchara, y parecía servir como una cuchara, pero al acercarlo a los demás absorbía su energía, lo cual nos hizo invencibles en el patio. Un día lo comprobamos de tajo, estábamos como de costumbre en nuestras expediciones; no podíamos lograr ver mucho, dado que había llovido y una delicada bruma cubría el patio. Después de un rato de patrullar sin rumbo divisamos una silueta a lo lejos que parecía tener bigotes, Kerry y Killer se alborotaron, presintieron que a ese enemigo no se le debía dar concesiones. El peludo adversario se veía muy tranquilo y contoneando su cola se acercaba a nosotros sigilosamente, nosotros nos preparamos para lo peor; Killer propuso el «arma», yo le dije que esperaríamos un poco más. Al ver que no nos movíamos creyó tontamente que éramos un blanco fácil y se abalanzó contra nosotros, tomó con sus garras a Kerry; Killer gritaba que no había otra alternativa que usar el arma, la saqué rápidamente de su estuche que le conseguimos y le apunté de lleno al muy pirata, él pegó un maullido que se escuchó por todo el patio, debilitado y confundido huyó rápidamente al refugio que la bruma le daba, habíamos vencido y comprobado la eficacia del arma. Kerry sólo se llevó un buen susto y una buena embarrada de saliva. Después de esa tarde los llevé a dormir a mi cuarto toda la semana, no fuera a ser que regresara y los agarrara desprevenidos.

No todas las veces nos fue bien, como esa vez cuando decidimos ir a pasear a la calle. Íbamos muy campantes disfrutando de la caminata, cuando pasamos por una calle empedrada, de por ahí, un perro muy peludo salió a nuestro encuentro, la baba le escurría por la boca cuando se percató de la presencia de Kerry y Killer, sin pensarlo dos veces se dejó venir hacia nosotros como un bólido, inmediatamente saqué el arma de la bolsa de mi pantalón, el seguro del estuche estaba atorado y no me permitía sacarla, vi que era inminente su embestida y tomé a los dos en mis brazos y corrí como loco, nunca me había dado cuenta de mi capacidad para correr hasta ese día. Aun cuando nos llevamos el gran susto yo estaba contento por mi acto, por fin mis zapatos deportivos tenían sentido, Kerry y Killer decidieron nunca más salir a dar la vuelta, y menos por esa calle. Yo pasé por esa calle todos los días después de clases para comprobar mi eficacia como corredor, el perro no me veía ni el polvo.

Los días pasaron y llegaron los exámenes finales en mi escuela, como tampoco he sido muy bueno en el estudio tenía que dedicarme por completo a ello y descuidé mis juegos con Kerry y Killer. Pasó una semana sin que pisara el patio, mi madre no me lo permitía mientras estuviera en exámenes finales, yo me moría de ganas por jugar de nuevo, no podía ni concentrarme en las libretas.

Por fin terminó el martirio, y ya era el último día de exámenes en la escuela, en general no me había ido muy bien que digamos y ese día me fue peor; la maestra me informó sobre mis resultados del examen de geografía ante todo el grupo, mencionó: que en toda su carrera no había visto semejantes respuestas, que yo no tenía ni la menor idea de dónde estaba ubicado el Continente Americano, y mucho menos el Euroasiático y el Africano. Pues eso sí que me sorprendió, ¡habiendo viajado tanto y tantas veces con Kerry y Killer, cómo no iba



a saber en dónde quedaban! En fin, la maestra continuó, me acomodó una severa tunda mental frente a todos mis compañeros que me sentí como si hubiera sido abatido y torturado por el malvado «Pig» y su banda, todo en ese día pareció ir empeorando. Al querer ir a comprobar mi rapidez con el perro de la calle empedrada, tropecé y casi por un pelo me arranca media nalga. ¡Nada podía salir peor! Llegué a mi casa completamente sudado y medio mordido, mi hermanita me miraba con una gran y sospechosa sonrisa, yo ni le hice caso, y mi madre indicó que nos sentáramos a la mesa a comer. Yo decidí ir a darles un vistazo a mis amigos, esperando en que la tarde podría mejorar al platicarles mi abrumadora semana y mi desastroso día.

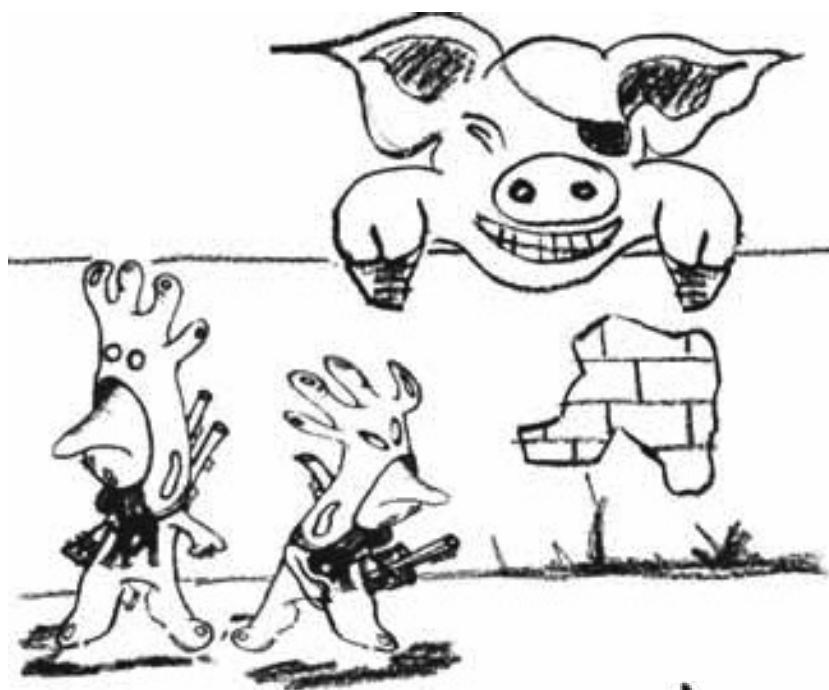
Me encamine hacia el patio y les eché un chiflido y no me contestaron, me sorprendí todavía más cuando no los hallé en su jaula, los busqué por todo el patio, regresé al interior de la casa y pregunté eufórico a mi madre por los dos, ella sólo me decía que no tenía idea y que ya me sentara a la mesa o tendría serios problemas. Confundido decidí lavarme las manos y sentarme frente a una mesa enorme que casi ni la miraba y apenas reconocía la silueta de mi hermanita. Mi madre salió de la cocina y al parecer traía en las manos una gran cazuela de barro que desprendía hilos de humo de su interior, voltee a ver a mi hermanita que de nuevo estaba allí desprendiéndome de su rostro una sonrisa que sólo le encontraba parecido a la malvada sonrisa del «Doctor Pig». La cazuela hizo un tronido al chocar con la mesa y pude analizar su contenido, la miré como si reconociera algo familiar en ella, no entendía que pasaba, el olor que provenía de adentro me decía que conocía el platillo, pero lo que sentía era más íntimo, más cercano a mí.

— ¿Quién va a querer mole?, — preguntó mi madre.

— Yo, yo, «pollito chicken» — respondió mi hermanita.

En un segundo todo se me puso claro de nuevo y pude ver la escena completa, las patas y las alas de Kerry y Killer estaban frente a mí, nadando entre ese mar rojo de mole, no sabía qué decir y una marea de sensaciones se volcó en mi pecho, salí corriendo al patio llorando y gritando el nombre de mis grandes amigos, ellos ya no estaban y sólo su jaula me amarraba a su existencia.

Ese día no quise meterme a la casa y me quedé afuera en el patio recostado sobre mi brazo frente a la jaula de KK, mi madre me intentaba tranquilizar con discursos absurdos, y excusas tontas, yo prefería no escucharla. Al otro día no hubo nadie que me pudiera quitar del lugar, mi rostro ennegrecido por la mezcla de mugre y lágrimas comenzaba a desfigurarme y mi familia se preguntaba seriamente por mi ánimo, incluso yo me preguntaba por mi ánimo, al finalizar el día decidí levantarme y refugiarme en mi cuarto, ahí fue cuando



decidí nunca más pisar el patio. Los días pasaron y no quise dirigirle palabra alguna a nadie de los miembros de mi familia, decidí estar en mi cuarto recordando las batallas y las expediciones con KK, me preguntaba si los volvería a ver, aunque sentía que solamente me engañaba; pensaba que ahora, que ya no estaban mis amigos, sería hora de salir a la calle como todos los demás niños, entonces sí ocupar mis zapatos deportivos en el fútbol callejero, lo pienso y creo que también me engaño porque como les dije antes, el sentir que soy normal como los demás me reconforta, pero en el fondo se que no lo soy e

